

La Enseñanza.



REVISTA HISPANO-AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

NUEVA-YORK, JUNIO 1º DE 1871.

{ NUM. 4.

CUENTOS A MI HIJA.

LOS DOS ROSALES.

En una de aquellas hermosas mañanas de la primavera, en que Paris se llena de las flores que nacen en sus inmediaciones, M. Dorlis, negociante, volvía del Jardin de Plantas con sus dos hijas, Anais y Celina. Atravesaron el mercado de Flores, en que parece que Flora ha reunido todo el esquilmo de sus jardines. Cuanto el arte y la naturaleza pueden producir de arbustos raros, y plantas extranjeras, se halla recogido al parecer en este deleitoso sitio. Cuanto la vista se halla embelesada con la riqueza y variedad de los colores, otro tanto se recrea el olfato con los diferentes perfumes que por todas partes se exhalan de los manojos de flores frescamente cogidas.

Al recorrer Anais y Celina este sitio, realmente hechicero, no pudieron menos de manifestar el deseo de participar de los dones de la primavera, y rogaron á su padre que comprase un rosal á cada una. «Vengo en ello gustosísimo, les dijo M. Dorlis, y podeis escoger lo que halleis de mas raro y bonito.»

Anais, muy refinada en sus gustos, eligió uno de

aquellos primorosos rosales de Bengala, tan alabados por todas las señoras currutacas, y sin mas mérito que el de ser raros. Este rosal, en el momento de entrar en flor, habia de ocupar un rico jarron de china, que servia de adorno á la parte superior del tocador de Anais.

Celina, sencilla en sus gustos, despreciaba el fausto y la moda; y prefiriéndoles cuanto por el uso y la esperiencia ofrece un sólido y permanente placer, eligió un gran rosal de las cuatro estaciones, cuyas espesas hojas se hallaban cubiertas ya con infinitos pimpollos, y al que ella destinaba sencillamente un cajon de madera pintado de verde, que estaba en el balcon de su cuarto.

Colocado cada uno de los rosales en el sitio que le estaba destinado, el de Anais, cuyos jugos se habian acelerado con el temple del invernadero caliente, se cubrió presto de todo su adorno, y brotó una multitud de estrañas rosas. Anais no cesaba de elogiarlo; y enseñaba con gusto las rosas á cuantos se presentaban en casa de su padre.

El sencillo rosal de Celina, que seguia lentamente el curso que la naturaleza prescribe, y cuyo jugo no habia recibido estímulo ninguno de los árbitros del arte, estaba adornado apenas de nuevos botones; y sus hojas medio abiertas no presentaban mas

atractivo que el de la esperanza. Desterrado en su cajon de madera sobre el balcon de Celina, no saltaba á la vista de ningun modo, ni ofrecia todavía motivo de gozo. Todos los elogios y admiracion se reservaban para el vistoso rosal de Bengala, que presentado arrogantemente en su rico jarron de china, formaba las delicias y ornato del retrete en que estaba colocado.

Pero la naturaleza no sufre impunemente que nos adelantemos á su curso, y que aceleremos sus efectos. Rehusa al parecer á las plantas y arbustos las fuerzas necesarias para adornarse por mucho tiempo con los dones del arte; y aun creeria uno que está celosa, pues tan pasajeras son las flores de los invernaderos calientes los mas esmerados.

El hermoso rosal de Anais, pues, no la hizo gozar por mucho tiempo. Sus segundas flores fueron bien diferentes de las primeras. Apenas estaba abierto uno de los botones, cuando luego la rosa toda abierta perdía su frescura, se deshojaba, y caía seca. Otros muchos pimpollos, cuyo germen se habia escitado violentamente, tenían apenas fuerza para medio abrirse, y caían, igualmente sobre sus vástagos antes de llegar á flor. Bien presto el lucido rosal de Bengala se halló desnudo de toda su rica gala; sus hojas mismas se secaron; y antes que se

hubiese acabado el otoño, se halló este arbusto extranjero en toda la desnudez del invierno; y no ofrecía ya á la jóven Anais mas que un estéril chaparro, y un conjunto de hojas secas; en una palabra, se hizo indigno de ocupar el hermoso jarron de china, á cuyo lucimiento y riqueza habia dado realce poco tiempo antes.

El sencillo rosál que Celina habia escogido, menos adelantado al principio, y de menor apariencia, se habia adornado insensiblemente de hojas que habian de resistir á las primeras escarchas del fin del otoño. El aire puro que le daba en la ventana en que se hallaba colocado modestamente, le afirmaba mas en su raíz, al mismo tiempo que daba mayor fuerza y estension á sus ramos. Finalmente, se abrieron sus numerosos pimpollos, y se cubrió de una inmensidad de rosas, cuya fragancia llevaba mucho esceso á la que la riqueza de su rival habia exhalado momentáneamente; pero lo que sobre todo le hizo muy superior á este último, es que á proporcion que se abrian sus flores, se renovaban con mil botones, que sucediéndose unos á otros, no cesaron durante todo el buen tiempo de perpetuar el mas vistoso adorno.

Todas las mañanas se presentaba Celina con una rosa en la mano, la que ofrecía á su padre; y no temia despojar el fértil rosál, por bastarle una sola noche para brotar nuevas flores. Anais, que hacia ya mucho tiempo que no tenia una sola rosa que poder ofrecer, comenzaba á echar de ver que su eleccion no habia sido tan acertada como la de su hermana; y como la memoria de un bien que hemos poseído se debilita á la vista del que los otros poseen, Anais confesó que las flores del rosál de las cuatro temporadas, exhalaban un olor mucho mas suave que las del de Bengala, y que si las rosas de este último eran mas raras y particulares, las otras eran mucho mas numerosas y durables, y hacian gozar por mas tiempo.

Lo que acabó de confirmar á Anais en su opinion fué que al fin del otoño, y aun al principio del invierno, el infatigable rosál, arrojando con las nieves y primeras escarchas, se cubrió por la cuarta vez del año de infinitas rosas del todo abiertas, cuya fragancia era mas suave que nunca, y cuya frescura, á pesar de estar vestida ya de luto la naturaleza, ofrecía un lustre mas vistoso todavía que en el buen tiempo. Loca de gozo y triunfante Celina, tuvo sucesivamente la dicha de adornar su gabinete con este querido rosál, y de ofrecer algunas flores suyas á Anais. Esta, en la fuerza de su despecho, quiso arrancar y echar á la lumbre el famoso rosál de Bengala, por mas ilustre que fuese su origen, á fin de dar al otro fértil el rico jarron de china que el primero ocupaba; pero Celina se opuso á ello fuertemente. Temió que su hermoso rosál, tan fecundo en su sencillo cajon de madera, cogiese en el tazon de china la sequedad y esterilidad de su rival. Cedió Anais á las razones de su hermana, abandonó enteramente el rosál de la India, y se propuso para todos los dias de su vida el feliz hábito de preferir á los objetos de moda y espíritu currutaco, aquellos cuya utilidad es constante, y que la experiencia muestra ser de un producto seguro y análogo con el clima en que habitamos.

La buena y generosa Celina, que no llevaba las cosas al extremo como su hermana, tomó bajo su cuidado el abandonado rosál, puso todo su esmero en él, y se proporcionó el gusto de gozar de sus flores en el siguiente buen tiempo, poco durables en verdad, pero que no dejaban de contrastar con las rosas de las cuatro estaciones. Cuando Anais la reprendía por cultivar así aquel estéril y pasajero rosál, Celina le respondía que la preferencia que uno ha de dar á las producciones de su país, no debia escluir enteramente las que nos vienen del extranjero; y que fundando su recreo principal sobre las plantas cuyos usos y productos le eran conocidos, podia entretenerse en estudiar en las de los países remotos, la inmensa variedad de las producciones naturales; lo que con frecuencia nos conducía á resultados útiles y á descubrimientos de importancia.

EDUCACION POPULAR

POR DON PEDRO G. ORTIZ.

CAPITULO III.

LA EDUCACION Y LA SOCIEDAD.

“En la difusion de la educacion entre el pueblo descansa la conservacion y perpetuacion de nuestras instituciones libres.... Aspiramos á una seguridad superior á la ley, y aparte de la ley, con la estension general de la ilustracion y de la sana moral.”—DANIEL WEBSTER.

Pongamos á un lado todas las teorías inventadas sobre el origen y naturaleza de la sociedad. Admitamos solo aquella sencilla y racional esplicacion tan generalizada y conveniente:—la sociedad es una especie de compañía comercial en que todos trabajamos con un fin comun, cual es la felicidad y bienestar de todos y de cada uno de los asociados. El opulento banquero como el mas humilde labrador cooperan de consuno en esta tarea, sin pensarlo tal vez; y aunque aparentemente la remuneracion de ambos sea muy desigual, está en relacion con el capital, la actividad y el talento que cada cual despliegan en la prosecucion del objeto de la asociacion.

Pero entre una compañía comercial y la gran sociedad nacional y humana, hay esta vastísima diferencia: la primera está circunscrita á los estrechos límites de la mejora material y ganancia recíproca de sus miembros, mientras la otra es tan ilimitada y universal, como lo demandan la felicidad moral y bienestar físico de los individuos y el progreso constante de la humanidad. La bancarrota de una firma comercial traerá consigo el naufragio de una ó mas fortunas privadas; mas la falta de cumplimiento de las obligaciones públicas, puede arrastrar consigo la ruina y ventura social de todo un Estado ó nacion. ¡Cuánta inteligencia, integridad, sobriedad, economía é industria no se requiere por esto, en los socios y ciudadanos que componen esta grandiosa asociacion de los intereses mas caros é indispensables de la vida! ¿Y habrá así necesidad de probar la íntima conexion que existe entre las miras é intereses particulares y comunes? Baste solo que observemos aquí un hecho, que nos presenta la historia del mundo. No se ha visto aún sociedad alguna, en que el bienestar y la riqueza hayan permanecido estacionarios en ciertas clases y gerarquías; y aun en el sistema feudal, la mas estensa y mejor organizada conspiracion que se haya conocido contra los derechos del pueblo, tuvo que ceder y morir al fin, por haber desconocido el principio natural de la distribucion y repartimiento de la riqueza entre todos los compañeros de labor.

«De los dos grandes deberes, dice un notable escritor, que pesan sobre una comunidad, en su capacidad social, es muy difícil distinguir cuál sea mas importante —el gobierno ó la educacion, el manejo de los intereses comunes de la generacion presente, ó la preparacion de los que han de comenzar á obrar próximamente en el teatro de la vida. Ambas obligaciones son en todo caso indispensables para la propia y permanente operacion de cualquier sistema político. Sin la seguridad y proteccion ofrecida al individuo por un buen gobierno, no puede acometerse con buen éxito la educacion general. Por otra parte, las mejores instituciones políticas establecidas por accidente en regiones no preparadas para recibirlas, por medio de una educacion prévia, decaen ó se sumergen en la nada; ó quizá, en lugar de producir su resultado natural, se convierte en ruina y desgracia nacional. De este modo, la organizacion política de los Estados- Unidos, que ha producido entre nosotros tanto elemento de prosperidad pública y felicidad individual, cuando fueron trasplantadas á las colonias españolas, no han dado hasta aquí otro mejor fruto que la guerra civil y la constante anarquía, en que por mas de un cuarto de siglo están envueltas; hallándose cada dia mas distante de arribar al término tan deseado. ¿Cómo puede esplicarse esta diferencia, si no es porque las colonias españolas no habian sido preparadas de antemano, y por un suficiente período de prueba, para apreciar debidamente el obsequio de su independencia y libertad, mientras que el pueblo de este país habia sido educado por cerca de dos siglos antes de la revolucion en los *meetings* ó reuniones populares y en sus escuelas públicas?»

Hé aquí sumariamente bosquejado el efecto de la falta de habilidad en una mayoría de los asociados para cumplir los fines de la sociedad. Aparte de una pequeña mala inteligencia acerca de nuestra independencia, en el pasaje citado, no se puede negar que se da allí la clave de nuestros errores y desgracias. Pero no han sido nuestros pueblos los que únicamente han experimentado los desastrosos efectos de la imprevision é inhabilidad de nuestros antecesores para llenar esta gran obligacion social. La misma Francia, tan ilustre en las letras y artes, ha visto la necesidad de una educacion general y comprensiva de todas sus obras, cada vez que ha intentado realizar los principios políticos de los Estados- Unidos; y es bien sabido que solo en aquella parte de estos Estados (principalmente en la Nueva In-

glaterra), en que las escuelas y enseñanzas públicas fueron en cierta manera coexistentes con la sociedad, es donde se ha planteado de un modo estable y efectivo el sistema republicano democrático en todo su vigor y lozanía; así también como es allí donde florecen la industria, el comercio y las artes. Entre los Estados libres, y aquellos en que existe la esclavitud, hay una línea divisoria tan marcada y profunda á este respecto, como la que distingue la sombra de su penumbra ó la claridad del sol y la de una luna opaca. Todos los escritores sensatos están ahora de acuerdo, en que si las masas del pueblo frances hubieran gozado de alguna educacion, aquella tremenda revolucion, cuyos escesos amedrentan hoy los ánimos, hubiera conducido á resultados muy diferentes; y en lugar de ser una mancha en la historia de aquella gloriosa nacion, y un grito de alarma y de terror á todos los pueblos que tratan de ensayar las instituciones democráticas, pudiera haber sido el mejor y mas acabado modelo y guía de las repúblicas modernas.

La historia de todos los tiempos está llena de ejemplos, que prueban la íntima alianza entre la educacion y la grandeza de las naciones. La *cruz* y la *prensa*, dice Lamartine, son la palanca de todos los movimientos realizados en favor de la civilizacion humana. Esta es una gran verdad que peca solo por limitada y estrecha. En épocas mas recientes se han añadido otros dos poderes auxiliares, poco menos eficaces y activos en el avance y progreso humanitario: el *vapor* y la *educacion popular*. La sociedad humana no habria podido ciertamente levantarse de su postracion, si el sacrificio y la redencion del Dios-Hombre no le hubiera dado la mano, y comunicádole su inspiracion divina; y su desarrollo intelectual habria sido lento, si no hubiera quedado estacionario, sin la invencion de aquel espositor y multiplicador del pensamiento. Mas necesidades imperiosas de otro orden aquejaban igualmente y debilitaban la fuerza progresiva de la humanidad. Su bienestar material, y las conveniencias de la vida social, demandaban un aumento de industria correlativo con la estension y poblacion civilizada; y esta falta vino á suplir el *vapor*, que vence el tiempo y el espacio, haciendo toda la materia tributaria á la comodidad del hombre.

Pero nótese bien, que la materia no puede elaborarse ni acomodarse por sí misma á nuestras necesidades, y que el espíritu solo es progresista. Toda mejora es por consiguiente el fruto de la inteligencia, y

el adelanto de la industria estará siempre en proporcion con el número y cultura del entendimiento aplicado al trabajo, y de la actividad provocada por las nuevas aspiraciones y deseos que engendra la civilizacion. El progreso material es mas la obra de las investigaciones del espíritu, que de la accion de nuestros músculos y brazos. La imprenta y el vapor son á la verdad invenciones maravillosas; mas, despues de todo, su poder bruto y mecánico vendria á quedar neutralizado, ó reducido á la nada, sin la educacion del alma; y á solo la mitad de su vasto alcance, si la escuela pública no ha preparado antes el terreno, llamado y despertado las dormidas facultades de los que han de cooperar al gran movimiento social; si una educacion estensa y general no ha derramado antes las luces de la razon, el gusto por las ciencias y artes, y el deseo y los medios de mejorar nuestra condicion.

De aquí nace la necesidad de añadir una cuarta palanca, la *educacion popular*, de mucha mas fuerza y poder en el progreso social, político y material. El vapor y la imprenta, por sí solos, no serian mas que unas máquinas inertes, que embarazarían mas de lo que coadyuvarían al adelanto de un pueblo; con la religion y una sólida educacion, ellas darán aliento y vida á nuestras masas, y las sacarán de la miseria y humillacion en que hoy viven. La libertad política significaria entonces algo entre nosotros, y no seria ese eco vano y retumbante de demagogos y conspiradores desalmados. De otra parte, abrid las puertas á la inmigracion, cruzad todo el territorio con caminos de fierro, demoled las aduanas y multiplicad el crédito, el corazon de la sociedad quedaria siempre el mismo, muerto y paralizado, por la falta de aquellos elementos regeneradores y reformistas, sin los cuales la inteligencia permanecerá inactiva, y la industria carecerá de aquella cooperacion de la inteligencia tan necesaria é indispensable para su desarrollo.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DE LOS DEBERES PARA CON LA SOCIEDAD.

§ II.

Deberes para con la patria.

Nuestra patria, generalmente hablando, es toda aquella estension de territorio gobernada por las mismas leyes que rigen en el lugar en que hemos nacido, donde formamos con nuestros conciudadanos una gran sociedad de intereses y sentimientos nacionales.

Cuanto hay de grande, cuanto hay de sublime, se encuentra compendiado en el dulce nombre de PATRIA; y nada nos ofrece el suelo en que vimos la primera luz, que no esté para nosotros acompañado de patéticos recuerdos, y de estímulos á la virtud, al heroísmo y á la gloria. Las ciudades, los pueblos, los edificios, los campos cultivados, y todos los demas signos y monumentos de la vida social, nos representan á nuestros antepasados, y sus esfuerzos generosos por el bienestar y la dicha de su posteridad, la infancia de nuestros padres, los sucesos inocentes y sencillos que forman la pequeña y siempre querida historia de nuestros primeros años, los talentos de nuestras celebridades en las ciencias y en las artes, los magnánimos sacrificios y las proezas de nuestros grandes hombres; los placeres, en fin, y los sufrimientos de una generacion que pasó y nos dejó sus hogares, sus riquezas y el ejemplo de sus virtudes..... Los templos, esos lugares santos y venerables, levantados por la piedad y el desprendimiento de nuestros compatriotas, nos traen constantemente el recuerdo de los primeros ruegos y alabanzas que dirigimos al Criador, cuando el celo de nuestros padres nos condujo á ellos la vez primera; contemplando con una emocion indefinible, que también ellos desde niños elevaron allí su alma á Dios y le rindieron culto!

Nuestras familias, nuestros parientes, nuestros amigos, todas las personas que nos vieron nacer, que desde nuestra infancia conocen y aprecian nuestras cualidades, que nos aman y forman con nosotros una comunidad de afectos, goces, penas y esperanzas, todo existe en nuestra patria, todo está en ella reunido; y es en ella que está vinculado nuestro porvenir y el de cuantos objetos nos son caros en la vida.

Despues de estas consideraciones, fáciles comprender que á nuestra patria todo lo debemos. En sus dias serenos y bonancibles, en que nos brinda solo placeres y contento, le manifestaremos nuestro amor guardando fielmente sus leyes y obedeciendo á sus magistrados; prestándonos á servirla en los destinos públicos, donde necesita de nuestras luces y de nuestros desvelos para la administracion de negocios del Estado; contribuyendo con una parte de nuestros bienes al sostenimiento de los empleados, que son necesarios para dirigir la sociedad con orden y en provecho de todos; de los ministros del culto, de los hospitales y demas establecimientos de beneficencia donde se asilan los desvalidos y desgraciados; y en general, contribuyendo á todos aquellos objetos que requieren la cooperacion de todos los ciudadanos.

Pero en los momentos de conflicto, cuando la seguridad pública está amenazada, cuando la patria nos llama en su auxilio, nuestros deberes se aumentan con otros de un orden muy superior. Entonces la patria cuenta con todos sus hijos sin limitacion y sin reserva: entonces los gratos recuerdos adheridos á nuestro suelo, los sepulcros venerados de nuestros antepasados, los monumentos de sus virtudes, de su grandeza y de su gloria, nuestras esperanzas, nuestras familias indefensas, los ancianos, que fijan en nosotros su mirada impotente y congojosa y nos contemplan como sus salvadores, todo viene entonces á encender en nuestros pechos el fuego sagrado del heroísmo, y á inspirarnos aquella abnegacion sublime que conduce al hombre á los peligros y á la inmortalidad. Nuestro reposo, nuestra fortuna, cuanto poseemos, nuestra vida misma, pertenece á la patria en sus angustias, pues nada nos es lícito reservarnos en el comun conflicto.

Muertos nosotros en defensa de la sociedad en que hemos nacido, ahí quedan nuestras queridas familias y tantos inocentes á quienes habremos salvado, en cuyos pechos, inflamados de gratitud, dejaremos un recuerdo imperecedero que se irá transmitiendo de generacion en generacion: ahí queda la historia de nuestro país, que inscribirá nuestros nombres en el catálogo de sus bienhechores: ahí queda á nuestros descendientes y á nuestros conciudadanos todos, un noble ejemplo que imitar y que aumentará los recuerdos que hacen tan querido el suelo natal. Y respecto de nosotros, recibiremos sin duda en el cielo el premio de nuestro sacrificio; porque nada

puede ser mas recomendable ante los ojos del Dios justiciero, que ese sentimiento en extremo generoso y magnánimo, que nos hace preferir la salvacion de la patria á nuestra propia existencia.

§ III.

Deberes para con nuestros semejantes.

No podríamos llenar cumplidamente el supremo deber de amar á Dios, sin amar tambien á los demas hombres, que son como nosotros criaturas suyas, descendientes de unos mismos padres y redimidos todos en una misma cruz; y este amor sublime, que forma el divino sentimiento de la caridad cristiana, es el fundamento de todos los deberes que tenemos para con nuestros semejantes, así como es la base de las mas eminentes virtudes sociales.

La Providencia, que en sus altas miras ha querido estrechar á los hombres sobre la tierra, con fuertes vínculos que establezcan y fomenten la armonía que debe reinar en la gran familia humana, no ha permitido que sean felices en el aislamiento, ni que encuentren en él los medios de satisfacer sus mas urgentes necesidades. Las condiciones indispensables de la existencia los reunen en todas partes, so pena de perecer á manos de las fieras, de la inclemencia ó de las enfermedades; y donde quiera que se ve una reunion de seres humanos, desde las mas suntuosas poblaciones hasta las humildes cabañas de las tribus salvajes, hay un espíritu de mutua benevolencia, de mutua consideracion, de mutuo auxilio, mas ó menos desarrollado y perfecto, segun es la influencia que en ellas han podido ejercer los sanos y civilizadores principios de la religion y de la verdadera filosofia.

Fácil es comprender todo lo que los demas hombres tienen derecho á esperar de nosotros, al solo considerar cuán necesarios nos son ellos á cada paso, para poder sobrellevar las miserias de la vida, contrarestar los embates de la desgracia, ilustrar nuestro entendimiento, y alcanzar, en fin, la felicidad, que es el sentimiento innato del corazon humano. Pero el hombre generoso, el hombre que obedece á las sagradas inspiraciones de la religion y de la filantropía, el que tiene la fortuna de haber nutrido su espíritu en las claras fuentes de la doctrina evangélica, siente en su corazon mas nobles y elevados estímulos para amar á sus semejantes, para estenderles una mano amiga en sus conflictos, y aun para hacer sacrificios á su bienestar y á la mejora de su condicion social. De aquí las grandes virtudes cívicas, de aquí el heroísmo, de aquí el martirio de esos santos varones, que en su mision apostólica, han despreciado la vida por sacar á los hombres de las tinieblas de la ignorancia y de la idolatría, atravesando los desiertos y penetrando en los bosques por medio de los peligros y la muerte, sin mas armas que las palabras de salvacion, sin mas aspiraciones que la gloria de Dios, y el bien y la felicidad de sus semejantes.

La benevolencia, que une los corazones con los dulces lazos de la amistad y la fraternidad; que establece las relaciones que forman la armonía social, ennoblece todos los estímulos que nacen de las diversas condiciones de la vida; y la beneficencia, que asemejando al hombre á su Criador, le inspira todos los sentimientos generosos que llevan el consuelo y la esperanza al seno mismo de la desgracia, y triunfan de los ímpetus brutales del odio y la venganza, he aquí los dos grandes deberes que tenemos para con nuestros semejantes, de los cuales emanan todas las demas prescripciones de la religion y la moral, que tienen por objeto conservar el orden, la paz y la concordia entre los hombres, como los únicos medios que pueden asegurarles la felicidad en su corta mansion sobre la tierra, y sembrarles de virtudes y merecimientos el estrecho camino de la vida futura.

Digno es aquí de contemplarse cómo la soberana bondad que Dios ha querido manifestar en todas sus obras, ha encaminado estos deberes á nuestro propio bien, haciendo al mismo tiempo de ellos una fuente inagotable de los mas puros y esquisitos placeres. Debemos amar á nuestros semejantes, respe-

tarlos, honrarlos, tolerar y ocultar sus miserias y debilidades: debemos ayudarlos á ilustrar su entendimiento y á formar su corazon para la virtud: debemos socorrerlos en sus necesidades, perdonar sus ofensas, y en suma, proceder para con ellos de la misma manera que deseamos que ellos procedan para con nosotros. Pero, ¿pueden acaso concebirse sensaciones mas gratas, que aquellas que experimentamos en el ejercicio de estos deberes? Los actos de benevolencia derraman en el alma un copioso raudal de tranquilidad y de dulzura, que apagando el incendio de las pasiones, nos ahorra las heridas punzantes y atormentadoras de una conciencia impura, y nos prepara los innumerables goces con que nos brinda la benevolencia de los demas. El hombre malévolos, el irrespetuoso, el que publica las ajenas flaquezas, el que cede fácilmente á los arranques de la ira, no solo vive privado de tan gratas emociones y espuesto á cada paso á los furores de la venganza, sino que, devorado por los remordimientos, de que ningun mortal puede libertarse, por mas que haya conseguido habituarse al mal, arrastra una existencia miserable, y lleva siempre en su interior todas las inquietudes y zozobras de esa guerra eterna que se establece entre el sentimiento del deber, que como emanacion de Dios jamas se extingue, y el desorden de sus pasiones sublevadas, á cuya torpe influencia ha querido esclavizarse.

¿Y cómo pudiéramos espresar dignamente las sublimes sensaciones de la beneficencia? Cuando tenemos la dicha de hacer bien á nuestros semejantes, cuando respetamos los fueros de la desgracia, cuando enjugamos las lágrimas del desvalido, cuando satisfacemos el hambre, ó templamos la sed, ó cubrimos la desnudez del infeliz que llega á nuestras puertas; cuando llevamos el consuelo al oscuro lecho del mendigo, cuando arrancamos una víctima del infortunio, nuestro corazon experimenta siempre un placer tan grande, tan intenso, tan indefinible, que no alcanzarian á esplicarlo las mas vehementes espresiones del sentimiento. Es ai autor de un beneficio, que está reservado comprender la naturaleza y estension de los goces que produce; y si hay algun mortal que pueda leer en su frente y concebir sus emociones, es el desgraciado que lo recibe y ha podido medir en su dolor la grandeza del alma que le protege y le consuela.

Lo mismo debe decirse del deber soberanamente moral y cristiano de perdonar á nuestros enemigos, y de retribuirles sus ofensas con actos sinceros en que resplandezca aquel espíritu de amor magnánimo, de que tan alto ejemplo nos dejó el Salvador del mundo. Tan solo el rendido, cuyo enemigo le alarga una mano generosa al caer á sus piés, y el que en cambio de una injuria ha llegado á recibir un beneficio, pueden acaso comprender los goces sublimes que experimenta el alma noble que perdona; y bien pudiera decirse que el que todavia no ha perdonado á un enemigo, aun no conoce el mayor de los placeres de que puede disfrutar el hombre sobre la tierra. El estado del alma, despues que ha triunfado de los ímpetus del rencor y del odio, y queda entregada á la dulce calma que restablece en ella el imperio de la caridad evangélica, nos representa al cielo despejado y sereno que se ofrece á nuestra vista, alegrando á los mortales y á la naturaleza entera, despues de los horrores de la tempestad. El hombre vengativo lleva en sí mismo todos los gérmenes de la desesperacion y de la desgracia: en el corazon del hombre clemente y generoso reinan la paz y el contento, y nacen y fructifican todos los grandes sentimientos.

«La primera palestra de la virtud es el hogar paterno,» ha dicho un célebre moralista; y esto nos indica cuán solícitos debemos ser por el bien y la honra de nuestra familia. El que en el seno de la vida doméstica, ama y protege á sus hermanos y demas parientes, y ve en ellos las personas que despues de sus padres son mas dignas de sus respetos y atenciones, no puede menos que encontrar allanado y fácil el camino de las virtudes sociales, y hacerse apto para dar buenos ejemplos á sus hijos, y para regir dignamente la familia á cuya cabeza le coloquen sus futuros destinos. El que sabe guardar las

consideraciones domésticas, guardará mejor las consideraciones sociales; pues la sociedad no es otra cosa que una ampliacion de la propia familia. ¡Y bien desgraciada debe ser la suerte de aquel que desconozca la especialidad de estos deberes! porque los extraños, no pudiendo esperar nada del que ninguna preferencia concede á los suyos, le mirarán como indigno de su estimacion, y llevará una vida errante y solitaria en medio de los mismos hombres.

Y si tan sublimes son estos deberes cuando los ejercemos sin menoscabo de nuestra hacienda, de nuestra tranquilidad, y sin comprometer nuestra existencia, ¡á cuánta altura no se elevará el corazon del hombre que por el bien de sus semejantes arriesga su fortuna, sus comodidades y su vida misma! Estos son los grandes hechos que proclama la historia de todas las naciones y de todos los tiempos, como los timbres gloriosos de aquellos héroes sin mancha á quienes consagra el título imperecedero de bienhechores de la humanidad; y es en su abnegacion y en su ardiente amor á los hombres, que se refleja aquel amor incomparable que condujo al divino Redentor á morir en los horrores del mas bárbaro suplicio.

Busquemos, pues, en la caridad cristiana la fuente de todas las virtudes sociales: pensemos siempre que no es posible amar á Dios sin amar tambien al hombre, que es su criatura predilecta, y que la perfeccion de este amor está en la beneficencia y en el perdon á nuestros enemigos; y veamos en la practica de estos deberes, no solo el cumplimiento de un mandato divino, sino el mas poderoso medio de conservar el orden de las sociedades, encaminándolas á los altos fines de la creacion, y de alcanzar la tranquilidad y la dicha que nos es dado gozar en este mundo.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

¿Cuál es la cosa mas noble de la vida humana?

No lo es el llenar el mar de flotas, ó el tremolar una bandera en todas las costas, ó bien surcar el Océano en busca de países desconocidos; lo mas noble es atender á los profundos conocimientos intelectuales, es el procurar alcanzar la mayor de las victorias: la que se alcanza sobre el vicio.

Innumerables son los que han conquistado naciones y ciudades; pero poquísimos los que se han conquistado á sí mismos.

¿Qué cosa es mas noble?

Elevar el alma encima de las amenazas y promesas del hado, sufrir la mala fortuna con animoso valor, ó recibir lo que venga como si viniese á medida de nuestro deseo. Porque el llanto, las quejas, los suspiros, se someten á nuestra fé.

¿Qué será mas noble?

No dar cabida en nuestra alma á pensamientos bajos, levantar hácia el cielo las manos puras y el corazon recto; y si por un accidente, entrais en posesion de algunos otros bienes de mucho valor, conservad la misma conducta cuando los recibís y cuando los perdeis.

¿Qué cosa es mas noble?

Estar siempre preparado para la muerte. Esto es hacerse libre, no segun las prevenciones de la ley romana, sino segun las leyes de la naturaleza. Es libre el que no es esclavo de sí mismo. Semejante esclavitud es eterna. Ser uno mismo su esclavo es la mas cruel de las esclavitudes. Y es facilísimo librarse á sí mismo de ella.

¡Oh! es delicioso vagar entre las estrellas, reir de los magníficos salones del rico, y de todos los tesoros que la tierra tiene siempre rendidos á sus piés, y que ellos ocultan en su seno para satisfacer su avaricia.

En tanto dice el sabio: Este es el grano por el que tantas naciones se han asolado unas á las otras con el fuego y el acero!

Si las hormigas estuviesen dotadas de razon, ¿no dividirían su pequeño agujero en varias provincias? —SÉNECA.